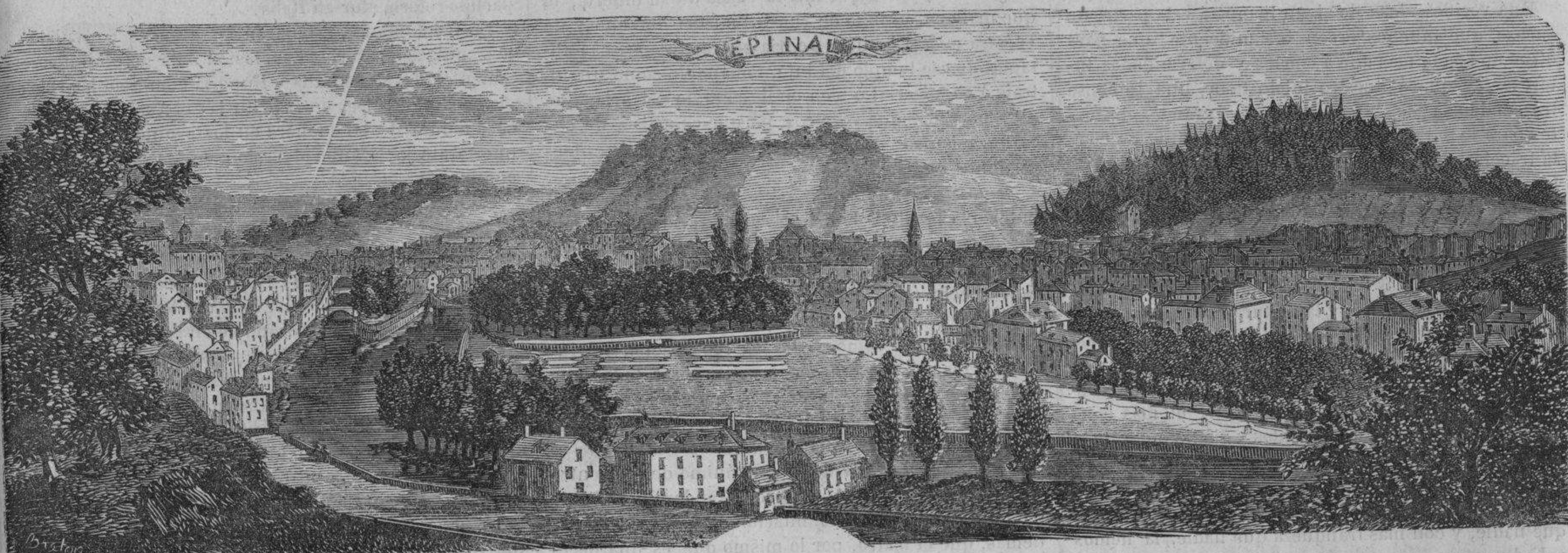


El Periódico ilustrado.



Número 39.

DEL 3 AL 17 DE DICIEMBRE DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.º



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.

UN NÚMERO

Madrid. . .	Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.	} 4 cuartos en MADRID.
Provincias. . .	Un año 28 » —Seis meses 14 »	
Ultramar. . .	Un año 60 » —Seis meses 50 »	

SUMARIO.—Teatros, por Palacio.—El vizconde de Palmerston, por M. y Esteban.—Recuerdos, por Benedicto.—Cantares, por Palau.—Epinal.—La emperatriz Eugenia visitando los coléricos.—La cabeza de un rebelde, por Honorio.—El Papa y sus camareros secretos.—Marina, por C. y Rodriguez.—Fabuillas, por C. Carabias.

LÁMINAS: Epinal.—La emperatriz Eugenia y visitando los coléricos.—El Papa y sus camareros secretos.—Lord Enrique Temple, vizconde de Palmerston.



Conde Lagrange.

Mr. Duperre.

Mlle. Bouvet.

S. M. la Emperatriz.

S. M. LA EMPERATRIZ EUGENIA VISITANDO LOS COLÉRICOS EN LOS HOSPITALES DE PARIS.

TEATROS.

Del público en general, y del de la ópera en particular.

Está verificándose de algun tiempo á esta parte un suceso que muchos creen insignificante, que para otros no afecta más que á ciertos y determinados intereses, y que á nuestro juicio tiene una inmensa trascendencia social, y entraña acaso grandes disgustos para lo porvenir. Este suceso es la actitud de cierta fracción del público en las representaciones teatrales, y los continuos escándalos que en mengua del decoro y menosprecio de la buena educación se permite, no ya esa clase de la sociedad, cuya ignorancia le quita la responsabilidad moral de sus acciones, sino la que se juzga más ilustrada, y da, por decirlo así, la medida de los adelantos y la cultura del país.

Sugiérenos estas reflexiones el espectáculo que casi diariamente presenciámos en el teatro de la Ópera, el más aristocrático de la corte, en el sentido que nosotros damos á la aristocracia, es decir, el más concurrido por las personas decentes y distinguidas de la capital.

Debemos ante todo advertir que no tratamos de defender la conducta de la empresa; que quizás antes que nadie, y con más franqueza que nadie, la hemos echado en cara sus errores y motejádole sus debilidades; confesion inútil para cuantos nos conocen, pero necesaria para los muchos que, juzgando por la suya las conciencias ajenas, creen ver detrás de todo pensamiento noble el cálculo mezquino, y al lado de la más sincera amistad el olvido más completo de la justicia. Estamos por fortuna, ó por desgracia, muy acostumbrados á decir la verdad á grandes y pequeños, y no abdicaremos jamás nuestra independencia ni aun ante ese dios de un día que se llama la multitud.

Intereses perjudicados de otras empresas; pretensiones no satisfechas por un lado; antipatías ó enemistades por otro; todo esto unido al mal instinto de muchas gentes y á la vanidad de no pocas que se empeñan en hacer cuestión de arte lo que solo es cuestión de bolsillo, ha creado en el teatro de la Ópera un núcleo de descontentos, que exagerando unas veces los motivos de su queja, ó tomando pretexto del incidente más pueril, provoca cada noche un nuevo conflicto, hundiendo la reputación de artistas á los que no oye siquiera, y lo que es peor aun, haciendo de este país clásico de la hidalguía y la nobleza una especie de region primitiva, donde se desconoce el culto de la buena forma y alcanza el grado de cacique el que más se distingue por su audacia, ó imita con más habilidad cualquiera de los animales de la creación, excepto el hombre.

No sabemos ni queremos saber qué clase de héroes capitanean este grupo; los compadecemos sinceramente, y creemos que si son capitalistas, lo serán por algun accidente que les haya sacado de una tienda de comestibles; si son guerreros, serán más notables por su posición que por sus hazañas, y si son personas nacidas en ilustre cuna, serán de esas que al estudiar en sus años tiernos los orígenes de las razas, han olvidado de sus estudios todo lo que no hace relación á la raza caballaresca. Cualquiera que sea su nombre y su historia, lo mismo llamándose nuestros amigos íntimos, que viviendo en la oscuridad de su egoísmo ó su avaricia, no lograrán convencernos jamás de que es acción propia de nobles caracteres silbar y escarnecer á una artista, á quien no conocemos, pero que de seguro habrá visto caer á sus pies más coronas que cuarteles puede tener el escudo más limpio, y acciones de guerra el más arrojado general, por el solo delito de dislocarse un pie al bajar de una escalera, en *Sonnambula*; delito igual al que podrá cometer Mario, rozando una nota después de treinta años de haber llenado el mundo con su fama, ó el de que podrían acusar á la Patti, diciendo que su voz de ángel no tiene el timbre dramático que brillaba en el de la *Gazzaniga*, ni su rostro la expresión artística que anima todavía el de la *Penco*.

Por otra parte, ¿han pensado los que tales escándalos promueven, los que los ejecutan, el ejemplo funesto que dan á las masas, la falsa idea de libertad que en ellas desarrollan, el camino que abren á los desahogos de la muchedumbre, siempre apasionada, y no siempre discreta? Allí donde se establece como costumbre la falta de respeto, no queda más que el abuso de la fuerza. El mismo pueblo que envilece la escena española el siglo pasado, dividido en bandos de *pola-*

cos y *chorizos*, es el que aplaudió después las saturnales del absolutismo; el que danzaba como un energúmeno alrededor de la jaula del Empecinado, en Roa, es el que más adelante hizo pasear por la plaza de toros á un empresario, paseo que fué la causa de su muerte; el que mañana, usando de vuestro mismo derecho y de vuestra misma justicia, podría querer arrojaros á puntapiés de ese templo del lujo, tomándolo como un ultraje á su miseria, ó bien en desagravio del arte, que él respeta más que vosotros, porque es artista de corazón, mientras vosotros no lo sois más que de entendimiento, cuando lo sois.

No creáis que hablando así tratamos de usurpar al público la facultad de manifestar su aprobación ó desagrado en un espectáculo cualquiera, nada de eso; lo que condenamos es el sistema de pandilla; es la imposición hecha á los más por la voluntad de los méritos; es el anatema organizado *a priori*; y sobre todo el empleo en el teatro como medio de reprobación del insulto, de la amenaza, de la grosería; cosas todas que no ofenden, en primer lugar, á la empresa, ni al artista, sino á la parte del público que las dice, y á la que por debilidad ó por apatía las tolera.

Tiempo es ya de inculcar en el ánimo de las gentes ciertas doctrinas; de hacerles comprender que la libertad de los unos tiene su limitación en la libertad de los demás; que el teatro, por lo mismo que es una necesidad social, debe reflejar más que nada los adelantos y la cultura del país, y que lo que hoy está sucediendo en el teatro de la Ópera, y ha sucedido antes y podrá después suceder en los demás teatros, sería indigno de un público ilustrado, si este público no protestara, como nosotros, de esas intrigas ridículas, de esas manifestaciones brutales, que si la opinión general no reprime, harán que antes de mucho huya cualquier artista que se estime en algo de pisar nuestro suelo, el suelo clásico del arte; la patria de Calderón y de Murillo, de Unanue y de la Malibran.

M. DEL PALACIO.

EL VIZCONDE DE PALMERSTON.

Apuntes biográficos.

Enrique Juan Temple, tercer vizconde de Palmerston, nació en Broadlands á 20 de octubre de 1784, descendiendo de la ilustre familia del célebre diplomático y escritor sir William Temple.

Sus primeros estudios los efectuó en la Universidad de Edimburgo con lord Brougham, y luego pasó á concluirlos á la de Cambridge. Dedicado desde sus primeros años á la vida pública, en 1805 fué ya elegido miembro de la Cámara de los Comunes, en la cual llamó mucho la atención por su gran elocuencia y oratoria. Bien pronto le llamó el gobierno para desempeñar el cargo de secretario de Estado en el departamento de Guerra, empleo importante á la verdad, pero que no formaba parte del ministerio. En un principio perteneció al partido tory; pero en 1828 se pasó al de los reformistas.

Cuando en noviembre de 1830 cayeron del poder los torys, subió con el ministerio whigt á desempeñar la cartera de Negocios extranjeros, cuyo cargo desempeñó con una actividad asombrosa.

Fuó el autor y negociador del tratado de la cuádruple alianza, negociado en 22 de abril de 1834 entre las cuatro naciones, Inglaterra, Francia, España y Portugal, para sostener las dos reinas constitucionales de España y Portugal contra los infantes D. Carlos y don Miguel. Esta alianza ó convenio tenía otro objeto más importante, que era una alianza de las naciones constitucionales contra los gobiernos absolutos; pero en 1840, á consecuencia del matrimonio de la reina de España y de su hermana, quedó casi anulado.

No menos activo se manifestó en cuanto á la política británica en el Oriente. También en las disensiones con el Canadá y en la guerra con el celeste imperio tuvo un admirable acierto para llevarla á un término feliz y rápido. Continuó así hasta en el otoño de 1841, en cuya época tuvieron que confiar la administración de la Gran Bretaña á los torys, y hé aquí que vuelve á ocupar su antiguo puesto en la Cámara de los Comunes, y se constituye en el más terrible adversario de los torys.

En 1846 volvió á subir al poder el partido whigt, y ocupó otra vez el ministerio de Negocios extranjeros, que desempeñó con vigor y actividad. A causa de los casamientos españoles, se embrolló con Luis Felipe;

hizo fuerte oposición á las potencias orientales en las cuestiones de Cracovia; destruyó en Suiza los esfuerzos de las grandes potencias, dirigidos á proteger los intereses del Sonderbund, y prestó su eficaz apoyo al partido reformador en Italia.

En 1848, cuando estallaron las grandes convulsiones políticas en varios Estados, si bien no obró directamente á favor de Italia y Hungría complicó las relaciones diplomáticas entre la Rusia y el Austria. En 1850 se condujo de tal manera en los asuntos de Grecia, que se atrajo la animadversión de las potencias del continente.

La cuestión de los ducados del Schleswig-Holstein, en que se colocó al lado de la política rusa, y el asentimiento explícito al golpe de Estado de Napoleón III, fueron las causas de que cayera del poder de una manera algo estraña. Hizo una cruda y tenaz resistencia al gabinete Russell, derrocándole en febrero de 1852, y sucediéndole los torys, los cuales le quisieron atraer á su partido, aunque en vano.

En diciembre del mismo año tuvieron que renunciar al poder, y Palmerston vino á formar parte del nuevo ministerio como ministro del Interior, hasta el momento en que Aberdeen tuvo que retirarse á consecuencia de la cuestión de Oriente. La dimisión se verificó el 30 de enero de 1855. Encargósele la formación del nuevo ministerio, cuya presidencia se le confirió.

En 1860 favoreció á los napolitanos y sicilianos en su anexión al reino de Cerdeña; últimamente devolvió las islas Jónicas á la Grecia, y celebró un tratado con Bélgica, del cual decía en el último periodo de su enfermedad: «Leedme la cláusula sexta.» ¿Temeraria Palmerston por la independencia de Bélgica, que consideró siempre como obra propia?

Su muerte acaeció el día 18 de octubre, y ha muerto á la edad avanzada de 81 años, de los cuales 60 ha dedicado á su patria.

Su muerte ha sido una pérdida irreparable para la Inglaterra.

R. MARTINEZ Y ESTEBAN.

RECUERDOS.

EL MONASTERIO DE VERUELA.

¿Qué es nuestra vida más que un breve día,
dó apenas sale el sol, cuando se pierde
en las tinieblas de la noche fría?

RIOJA.—*Epístolas morales.*

A la falda de esa gigantesca cordillera que sirve de antemural á Castilla y Aragón, á la parte de este último reino y como dos leguas de la antiquísima Tarazona, en el centro de una pequeña llanura limitada por el Moncayo, aparece recortando su flanqueada torre y aportilladas almenas, un suntuoso edificio bizantino del siglo XII.

Con grandioso aspecto levanta sus cubos y botareles sobre robusto y pardo murallón, el monasterio de Veruela, á una milla del lugarejo de Vera, y enfrente del colosal Moncayo, como si durmiese arrullado por los vendavales de sus cimas desprendidos, y se envolviera gustoso en la mortaja de nieve que de continuo le regalan.

Fundado Veruela por Pedro de Atares, tal vez sus muros escucharon los suspiros con que su fundador recordaba un reino y un trono; tal vez en sus solitarios claustros llevó la convulsa mano á su cabeza, buscando en ella la corona en un momento de orgullo rehusada, y que veía entonces brillar sobre las sienes de Ramiro II, del infortunado *Rey monje*.

Ruinas y sepulcros; hé aquí lo único que hoy resta de aquel venerado santuario; profunda meditación inspiran sus abandonados claustros y sus torreones aportillados y cubiertos de yedra.

A pesar del tiempo, belicoso es aun el aspecto exterior de aquel edificio; ancho cinturón de ricos medallones, reforzados de trecho en trecho por cubos almenados, ciñe la prolongada cerca del monasterio, como destello vivo de siglos de hierro, en que la quietud y la paz huían al continuado clamor de las algaradas feudales.

Atravesad aquellos patios solitarios, aquellos arcos sombríos, y penetrad por fin dentro del monasterio abandonado. ¿Habeis soñado alguna vez con una catedral majestuosa, brillante, engalanada con toda la pérdida pompa del arte bizantino? ¿Habeis creído irrealizable que tras las vetustas murallas os aguardase una maravilla? Mirad.

Imponente se levanta la nave principal, descansando en robusta columnata; sin follajes, majestuosos con su propia sencillez, reciben los capiteles los recurvos arcos de la bóveda, y de la austeridad del templo resalta más y más la pureza de las formas. Penetrado en el angosto crucero, seguid el oscuro corredor, y bajo misteriosas cimbras ireis á dar con cinco capillas, que cual incierta transición al arte gótico, estienden su galana curva, en cuyo interior brilla sin embargo puro y sin travas el bizantino mas gráfico. En ellas nada podrá detener vuestra imaginación; no hay importunos retablos, la piedra sola y desnuda se destaca allí, como protestando contra las injurias del tiempo y el olvido de los hombres: allí se alzan las tumbas como único tesoro.

Gallardo sepulcro de mármol encierra los restos de Fernando de Gurrea y Aragon, duque de Villahermosa, cuarto nieto de Juan II, y que murió en 1592, al año siguiente de las célebres alteraciones de Zaragoza, y en las que parte tan principal tomó el ilustre y desventurado prócer; tumbas de madera, semejantes en todo á la anterior, guardan los restos de los nobles descendientes de aquel título. En sarcófago humilde duerme su último sueño el príncipe Alfonso, primogénito de Jaime el Conquistador y de su repudiada esposa Leonor de Castilla; jurado ya por el reino y en edad viril, falleció en Calatayud y en 1260, llevando al sepulcro el amargo desconsuelo de un inesplicable aborrecimiento paternal. Pedro de Atares y Teresa de Cajal, ocupan el tercer sepulcro; pobre es aquel monumento que encierra los restos de quien para ahogar su ambición dió vida al monasterio; nuevas tumbas siguen á estas; el blason de los Lunas adorna el frontal de varios sepulcros; mitras y cetros abaciales coronan la fúnebre losa de otros.

Con admirable armonía ciñe al templo bizantino un majestuoso claustro gótico; como eco de lo que el primero encierra, destácanse las ojivas, los arcos y la techumbre con el carácter puro, trasparente de las primitivas creaciones del arte.

Este es el monasterio de Veruela; joya sin par oculta tras un monton de escombros; la tempestad ilumina con el fuego de sus relámpagos aquellos muros tapizados de labores, de gentiles molduras, de arcos y sepulcros; el buho anida en el fondo de las bóvedas.

Cuando las tinieblas envuelven á la tierra y la oscuridad reina en aquellas solitarias galerías, cuando un ténue rayo de luna, atravesando las altas ojivas, baja á aumentar el pavoroso misterio de semejante lugar, mientras el viento se estrella con sordo rumor sobre las marmóreas paredes, diríase que al impulso de un conjuro mágico las piedras se animan, los arcos ceden como al peso de sus atrevidas absides; parece que los grifos y mónstruos de los capiteles rebullen en confusa agitacion, que las sepulturas se estremecen con estridente fragor, y que un alarido indefinible, inmenso, confuso, resuena por toda la cabidad de aquellos claustros abandonados: se cree asistir á la convulsion de aquel monumento de piedra, al desquiciamiento de tan portentosa fábrica.

¿Será que el arte se revuelva airado contra el ultraje del abandono?

Pasan los días, los meses, los años y los siglos; el sol de la primavera abrasa con sus dorados rayos los muros de Veruela; el invierno tapiza de nieve las cúpulas y tejados del olvidado monasterio; la humedad hunde las techumbres bordadas de encajes; el viento derriba los muros; el hombre, con despiadada crueldad, se cruza de brazos á tanta desolacion, ó ayuda en su obra destructora al tiempo, á las lluvias y á los vendavales.

Veruela tocaba á su fin; pero un genio parece velar por aquel edificio ignorado: una gruesa suma concedida por el gobierno de S. M. en el pasado mes de noviembre será destinada á la conservacion de aquellas suntuosas ruinas.

El arte, al perder al monasterio aragonés, perdía una brillante página de la historia bizantina y un magnífico joyel de la primitiva escuela gótica.

J. TOMEY Y BENEDICTO.

CANTARES.

I.

¡Oh madre! no llores,
No llores así;
Un hijo perdiste, mas tienes un ángel
Que vele por tí.

II.

Claveles por lábios
Adornan tu boca;
Dios quiera, que nunca tus lágrimas tristes
Despinten sus hojas.

III.

Jamás al espejo
Te mires, oh niña,
Entrara el orgullo en tu alma inocente
Al verte tan linda.

IV.

Llorando le dije
A mi ángel de Guarda:
De ausencia me muero, siquiera un momento
Prestadme las alas.

MELCHOR DE PALAU.

LA EMPERATRIZ EUGENIA

VISITANDO LOS HOSPITALES DE COLÉRICOS.

No ha sido el cólera de 1865 tan temible ni tan cruel como otras epidemias del mismo género que han asolado las poblaciones en épocas no remotas; pero ha dado, sin embargo, ocasion á grandes y magníficos rasgos de caridad, que prueban que esta sublime virtud está profundamente arraigada en muchos corazones.

Paris ha sido una de las últimas ciudades de Francia que ha sufrido el azote, si bien con una intensidad menor que Marsella y que todas las poblaciones invadidas de España. Desde los primeros momentos en que se manifestó la epidemia, el gobierno no perdonó medio para combatirla, y á sus esfuerzos y á los consejos y auxilio de los hombres de ciencia se debe sin duda que no tomara gran desarrollo.

La emperatriz Eugenia, lo mismo que su esposo, han dado con este motivo pruebas de gran abnegacion y de laudable celo en el cumplimiento de sus deberes. La lámina que incluimos en este número representa una de las visitas hechas por nuestra compatriota á los hospitales en los momentos de más peligro. Bien conocido de todos es el rasgo de bondad que tuvo con una enferma, la cual, al agradecer sus consuelos y su proteccion, la dijo, creyendo dirigirse á una hermana de la caridad:

—Dios os lo pague, hermana mia.

—No soy yo, es la emperatriz de Francia quien os ha hablado, dijo en tono de reprension la hermana.

—No la riñáis, exclamó conmovida la emperatriz; no ha podido darme un título más cariñoso ni más agradable para mí.

EPINAL.

Sobre los confines de la Lorena y de la Alsacia se estiende una cadena ó cordillera de montañas, cuyas cimas, suaves y onduladas, parecen haberse plegado á su pesar, y en otro tiempo bajo el peso de los castillos feudales, y que esperan hoy conquistas más pacíficas de la agricultura y de la industria. Estas montañas no tienen ni la imponente grandeza de los Alpes, ni el aspecto de los Apeninos, ni las riquezas de los Pirineos; pero en cambio, á su falda vive, crece y se desarrolla una poblacion activa, laboriosa, hospitalaria; ruda en su aspecto, aunque de costumbres dulces y tranquilas, y que reunen al natural vigor y energía del hijo de las montañas, la finura, la delicadeza y la esperiencia de los habitantes de las grandes ciudades. Estas montañas son los Vosges, cuyo nombre se deriva, segun algunos autores, de los nombres célticos *vou* (buey), *guez* (salvaje) y *hus* (altura), es decir, monte de los bueyes salvajes, *vogesus*.

Estas breves líneas, que tomamos de la *Historia de las villas de Francia*, escrita por Aristide Guilbert, pintan enérgicamente y en pocas palabras el país sobre el cual llamamos hoy la atencion de nuestros lectores.

Gracias á estas montañas y á su aislamiento, el sitio donde se encuentra Epinal escapó á la dominacion romana. Los vándalos fueron menos desdeñosos. En el sétimo siglo saquearon é incendiaron todo el país, no dejando más que ruinas, y solo tres siglos más tarde, un obispo de Metz tuvo la feliz idea de reconstruir sobre espinas, zarzas y matorrales una ciudad

que fué bautizada naturalmente con el nombre de *Spinaum*, hoy Epinal, de la palabra latina *spina*.

Cabeza de partido del departamento de los Vosges, la villa de Epinal cuenta hoy dia próximamente 12.000 habitantes. El rio que la atraviesa la divide en tres partes: la gran ciudad, la ciudad pequeña y el arrabal. Aun se ven sobre una escarpada roca las ruinas de su antiguo castillo, porque cada uno de estos pueblos ha tenido, en épocas anteriores, su castillo más ó menos fuerte, más ó menos célebre. El viajero puede, en el intervalo de sus escursiones, contemplar á cada instante el aspecto pintoresco de Epinal, de sus puentes y sus bellisimos alrededores. Puede igualmente visitar la iglesia de San Mauricio, construida en 980, por orden y á espensas de Thierry, obispo de Metz; la capilla del Colegio, obra de los Jesuitas; la Biblioteca, donde se encuentran, entre otros volúmenes y documentos preciosos, una carta autógrafa del emperador Enrique II y un manuscrito del Evangelio, escrito sobre pergamino en letras de oro.

El paseo más frecuentado es el jardín de Doubtal, situado sobre una montaña trabajada con un arte extraordinario, y donde se encuentra un precioso lago, estatuas, *chalets*, ruinas feudales, grutas, columnas, etc. Tal es la villa de Epinal, cuya vista aparece en la cabecera de nuestro número de hoy.

LA CABEZA DE UN REBELDE

leyenda histórica original

DE GONZALO HONORIO.

(Continuacion.)

VI.

LA FUGA.

—Puesto que ya hemos despachado la carta para su alteza, dijo el adelantado despues de una breve pausa, ahora, si os parece, veamos de terminar el asunto que aquí nos ha reunido, y cuanto antes salgamos de este trance, que indudablemente ha de tener fatales consecuencias para el hombre que lo ha promovido.

—Sí, concluyamos de una vez, dijo uno de los caballeros con energía. Hora es ya de que fiamos á las espadas nuestra contienda.

—Por lo que á mí toca, ya os lo he dicho, señores, prosiguió el adelantado: estoy decidido á pasar por lo que los Manueles quieran, hasta saber la voluntad del rey.

—¿Es decir, que no quereis hacerles frente? preguntó otro.

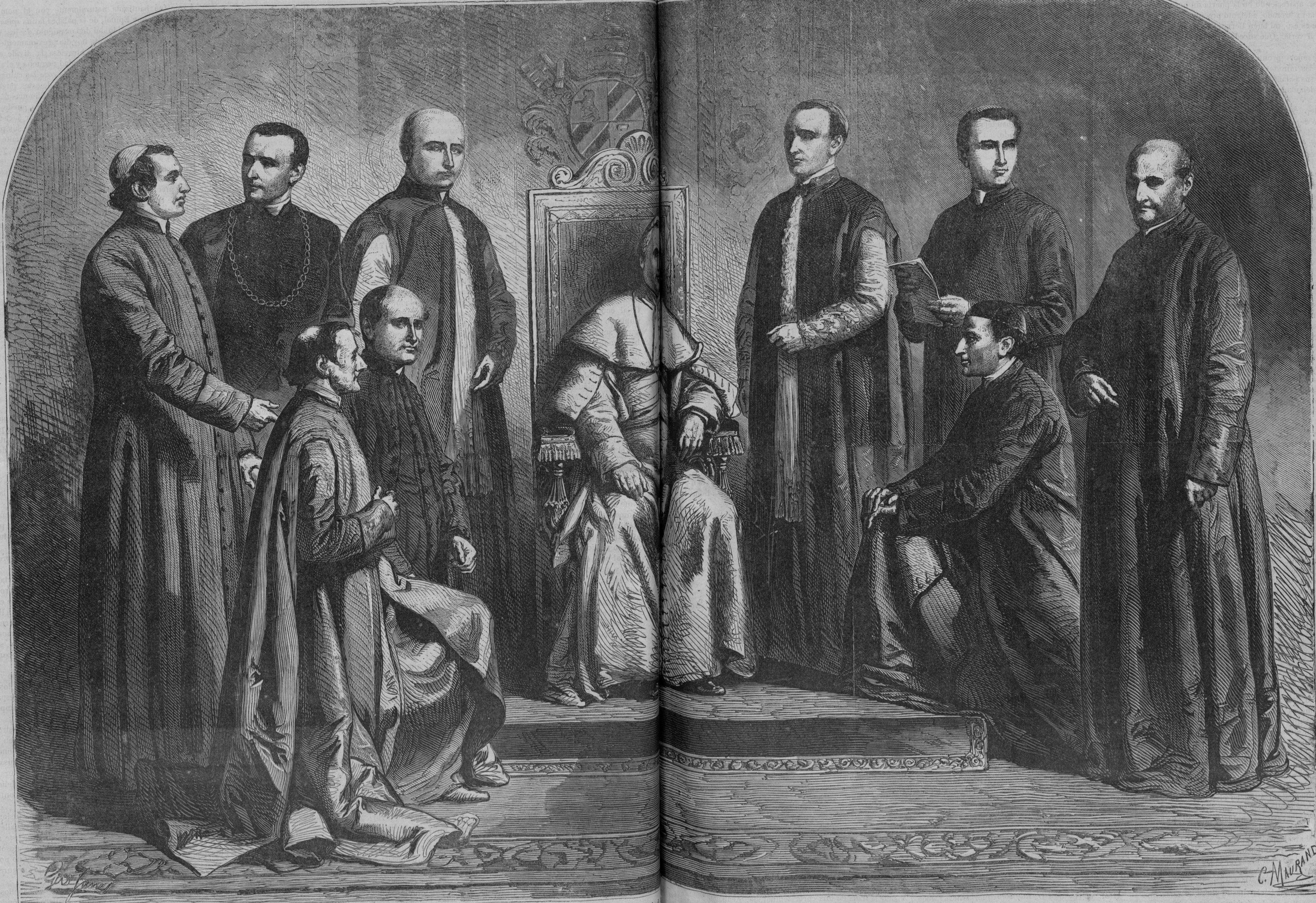
—De ningun modo, señor Pagan; porque harta sangre se ha derramado ya inútilmente, y no quiero que llegue un dia en que el rey tenga que pedirme estrecha cuenta de haber contribuido por mi parte á llenar de luto y consternacion una ciudad, cuyo gobierno me ha confiado para sostener la paz entre sus moradores. Así, pues, obrad como mejor os pareciere, señores; os dejo con entera voluntad de seguir ó abandonar mi suerte.

—Pues que tan resuelto estais á llevar á cabo vuestro pensamiento, sea: sufriremos en silencio los insultos de nuestros enemigos, sin recurrir á las espadas para vengarlos. He jurado ser vuestro y lo cumpliré. Concedo á lo que decís.

—Quedémonos en buen hora al lado de nuestro jefe, señores, dijo otro: porque el abandonarle en este trance seria un baldon para nosotros. Y volviéndose hácia el adelantado, mucha violencia nos causa, le dijo, el ceder á vuestro propósito, cuando pudiéramos recurrir á las espadas: pero os hemos jurado fidelidad, y no os abandonaremos hasta terminar esta contienda. Esperemos las órdenes del rey.

—¡Oh! gracias, señores, gracias: dijo con efusion el adelantado, estrechando las manos de los caballeros: no tengais la menor duda, señores: aunque este medio es violento para hombres que como nosotros alientan un corazon noble y valiente, el rey no podrá menos de enaltecer nuestra decision; estoy seguro de ello.

Su hijo nada decia: pero se mesaba los cabellos de rabia, y andaba de uno en otro caballero instigándoles para ver de revelarse contra la voluntad de su padre y hacer frente á los Manueles. Pero todo fué en vano: porque los caballeros, firmes en su propósito, desatendieron sus palabras y permanecieron fieles á lo que habian dicho.



Monseñor Ricci.

Monseñor Merode.

Monseñor Borromeo.

Monseñor Talbot.

Su Santidad

Monseñor Pacca.

Monseñor Cenni.
Monseñor Horenlobe.

Monseñor Stella.

EL PAPA Y SUS SECRETOS.

Ibanse ya á retirar los caballeros, cuando se abrió la colgadura, apareciendo en la puerta un hermoso paje que, pálido y azorado, adelantó precipitadamente.

—¿Qué es eso, mi buen Hernandez? exclamó el adelantado al verle. ¿Qué sucede? ¿Por qué venís de ese modo?

—¡Ah, señor! ¡pronto! ¡salvaos!

Todas las miradas se fijaron en el paje, sin comprender sus palabras: y como si algun peligro amenazara al adelantado, los caballeros se agruparon en torno suyo.

—Y bien; ¿qué es ello? ¿Por qué me he de salvar? preguntó de nuevo el adelantado.

—Porque dentro de una hora el nuevo procurador, á la cabeza de algunos cientos de hombres armados asaltará este palacio, llevándolo todo á sangre y fuego hasta exterminar á todos los que se alberguen en él.

Al oír estas palabras los caballeros no pudieron menos de estremecerse.

—¿Y cómo has sabido esto?

—Figuraos, señor, que al pasar por la plaza de Santa Eulalia, ví una multitud de hombres armados que llenaba su ancho espacio, lo que no pudo menos de llamarme la atención. Pregunté la causa, fingiéndome partidario de los Manueles, y pude averiguar que aquellos hombres se habían reunido allí con el objeto de asaltar vuestro palacio y prenderos á vos y á vuestros partidarios.

—¡A prenderme!... exclamó con cólera el adelantado. ¡Pues vive Dios que no lo han de conseguir! Y volviéndose á los caballeros, ya lo habeis oído, señores: el procurador á la cabeza de una turba de ricos y miserables, se ha propuesto asaltar este palacio y saciar su sed de sangre con nosotros. Así, pues, y perseverando en mi propósito de no hacerles frente, antes que tal suceda debemos abandonar esta morada, y salvar nuestras vidas del furor de los asesinos.

—Estaremos á vuestro lado hasta perder la vida, dijeron los caballeros: no os abandonaremos ya.

—Pues bien: dentro de un cuarto de hora partiremos para mi villa de Lebrilla, y allí esperaremos el mensaje del rey.

VII.

EL REY Y SU FAVORITO.

Tres días despues de los sucesos referidos y al mediar la tarde, en una recámara del Alcázar de Madrid, veíanse dos hombres. Uno de ellos que era muy jóven, (pues apenas contaba catorce años), tenía el semblante pálido y demacrado, señal evidente de que padecía alguna grave enfermedad.

Era el rey de Castilla D. Enrique III, *El doliente*, llamado así, á causa de su quebrantada salud.

El otro que le acompañaba, era el reverso de la medalla. De estatura más que mediana: ágil, robusto y en todo el vigor de la juventud, hacia resaltar mucho más su arrogante figura al lado de la del rey. Se llamaba D. Ruy Lopez Dávalos, y era su favorito y camarero mayor.

El rey estaba sentado en un sillón, y apoyaba los pies sobre un escabel, en el que se veía sentado á D. Ruy.

A la sazón, rey y vasallo seguían un animado diálogo.

—¿Qué te parece, D. Ruy? decía el rey; ¿podré gobernar como es debido y sin tener que recurrir de nuevo á los que fueron mis tutores? ¿Podré mantener la paz en mi reino, y hacer respetar á los moros fronterizos los lindes de Castilla?

—Indudablemente, señor: porque la energía que les habeis mostrado, y que ellos nunca hubieran creído en vos, les ha amedrentado y hecho retroceder de su criminal ambición.

—¿Y á quién si no á tí debo el haberme mostrado cual cumple á la dignidad de un rey, que no quiere ser el juguete de rastreros ambiciosos?... Sí, Ruy; por que merced á tus consejos he podido emanciparme de la tutela del arzobispo de Toledo y salir del poder de unos hombres cuya ambición no tenía límites, y que hubieran concluido por absorber todas mis rentas.

—En verdad, señor, que no se por qué ensalzais un acto que es debido tan solo á mi lealtad al trono, á mis leales simpatías hacia vuestra alteza, el deber que un buen castellano tiene de mirar por la gloria de sus reyes.

—Lo sé, Ruy, lo sé: hartas pruebas me has dado de ello desde que estás á mi lado: porque tus leales con-

sejos han sido siempre mi norma; han sido la luz que ha guiado mis primeros pasos en la senda del trono, y esto bien merece una recompensa que todavía no tienes.

—Dóime por satisfecho, señor, con haber contribuido en algo al engrandecimiento del trono, que poco há era presa de vuestros ministros y consejeros. Así, que, mis escasos servicios están suficientemente compensados con saber que vuestra alteza esté satisfecho de mí.

Aquí llegaban ambos interlocutores, cuando la colgadura que cubría la puerta se abrió, dando paso á un hermoso paje que traía una bandeja de oro, en la que se veía un pergamino enrollado.

—¿Qué es eso, Floristan? ¿qué traes ahí? preguntó el rey cuando vió al paje.

—Señor, un pergamino, que un corredor de Murcia acaba de traer en este momento, y pide con urgencia que sea presentado á vuestra alteza.

—¿Haber? tráele acá.

El paje adelantó; dobló una rodilla y presentó la bandeja al rey.

—¿Qué nuevas nos traerán de nuestra buena ciudad de Murcia? dijo el rey tomando el pergamino y despidiendo al paje.

Dicho esto desató la cinta que lo sujetaba y desenrollándolo leyó para sí su contenido.

Era la carta del adelantado que nosotros ya conocemos.

A medida que leía, sus delicadas facciones se contraían á impulsos de la cólera que su lectura le causaba.

Cuando concluyó de leer, empujó hacia atrás su sillón con ímpetu, y se puso en pié.

D. Ruy imitó su acción.

—¡Oh!... ¡Otra vez esos malditos bandos!... exclamó con furor y crispando los puños. ¡Otra vez se han alzado los murcianos con la ciudad, cometiendo mil desafueros y tropelías!... Leed, D. Ruy, leed. Aconsejadme lo que he de hacer.

D. Ruy tomó la carta y la leyó.

Cuando hubo terminado su lectura la devolvió al rey.

—Ya lo ves, D. Ruy, dijo el rey: otra vez han vuelto á enemistarse los murcianos.

—En verdad, señor, que esa rebeldía de que os da parte el adelantado, no es muy favorable á la dignidad del trono, y merece un pronto y ejemplar castigo.

—Sí, D. Ruy, sí; continuó el rey paseándose. Necesario es que castigemos esta rebeldía, empezando por el hombre que la ha promovido. Y parándose en frente de su camarero, ¿qué me aconsejas que haga, D. Ruy, le dijo: ¿cómo salir de este trance?

—Señor, si vuestra alteza me da su venia, yo os juro que antes de poco, cercenaré de raíz esas asonadas.

—¿Cómo? ¿Te atreverías á castigar á los rebeldes? dijo el rey, mirando frente á frente á D. Ruy.

—Sí, si vuestra alteza conviene á lo que yo haga.

—Pues bien, dijo el rey con entereza; dime de qué modo, que yo te juro hacer cuanto me digas.

—Dadme una cédula real en la que me trasmitais vuestro poder, y antes de seis días tendreis la rebeldía sofocada.

—¡Oh! si tal hicieras, D. Ruy, tan cerca te pondría del trono, que no envidiarías á ninguno de mis más allegados.

—Señor, hartas mercedes me habeis hecho ya, para que no trate de merecer vuestro aprecio.

—¿Es decir, que estás decidido á llevar á cabo tu pensamiento? dijo el rey como dudando.

—Ya os lo he dicho, señor; concededme vuestro poder por un breve plazo, y los rebeldes serán castigados, sin que nunca más os vuelvan á molestar.

—¡Oh! en cuanto á eso, yo te lo transmitiré de un modo que nada tendrás que desear. ¿Cuándo piensas partir?

—Con permiso de vuestra alteza, dentro de dos horas.

—Está bien: dentro de dos horas marcharás sobre Murcia al frente de quinientas lanzas y dos mil peones.

—Nada de eso, señor. Me bastan doce hombres que yo mismo escogeré, llevándome de paso la espada de vuestra justicia.

Al oír el rey que D. Ruy solo quería llevar doce hombres para sofocar aquella rebeldía, pareció dudar, porque no podía comprender que, con tan reducido número, se atreviese á apaciguar toda una ciudad rebelada. Así, que no pudo menos de exclamar:

—¡Oh! es imposible que puedas llevar á cabo tan arriesgada empresa con solo doce hombres, ¡imposible!

—Pues que, señor, ¿dudais acaso de lo que os he dicho?

—Sí, D. Ruy; creo irrealizable tu proyecto, á menos que no cuentes con gente que te auxilie en la ciudad: porque de otro modo tus esfuerzos se estrellarán contra el poder del nuevo procurador, á quien el adelantado, como ves, no se ha atrevido á hacerle frente.

—Pues bien, señor; si el adelantado por causas que no conozco, ha tenido por conveniente no oponerse á los desmanes de los murcianos, dejándolos á merced de sus feroces instintos, yo os he prometido cortar de raíz esa rebeldía y lo cumpliré: dijo D. Ruy con entereza.

—Pues que tan decidido estás, y tal confianza tienes en salir con bien de tu arriesgada empresa, no hablemos más de ello. Dentro de dos horas saldrás de Madrid instituido con todo mi poder.

En efecto: dos horas despues, D. Ruy, seguido de doce ballesteros; cabalgaba sobre el camino de Murcia.

Detrás de todos, y como á diez pasos de distancia, cabalgaba tambien un hombre solo.

Este hombre era el verdugo.

A los tres días entraban por la puerta de Vidrieros, y se alojaban en el palacio del obispo.

(Se continuará.)

G. HONORIO.

LORD PALMERSTON.

Un grande hombre de Estado ha sucumbido.

Lord Palmerston, jefe del gabinete británico, ha muerto de un ataque de gota en su castillo de Brockett-Hall.

En otro lugar insertamos con mucho gusto una biografía que del noble lord nos han remitido, limitándonos en su consecuencia, por nuestra parte, á muy breves palabras.

Lord Palmerston era primer ministro de Inglaterra, caballero de la Orden de la Jarretiera, caballero de la gran cruz del Baño, caballero de la Torre y de la Espada de Portugal, y lord guardian de los Cinco Puertos. Los funerales se han verificado con gran pompa, y su cadáver ha sido inhumado en Westminster, panteon y sepultura de los reyes y de los grandes hombres de Inglaterra.

El grabado que ofrecemos hoy con su retrato ha sido ejecutado en Lóndres, y es el más parecido de cuantos de este hombre célebre se han publicado hasta el día.

EL PAPA Y SUS CAMAREROS SECRETOS.

La retirada de monseñor Merode, el fogoso ministro de la Guerra de Su Santidad, dará indudablemente un carácter de actualidad enteramente particular al magnífico dibujo que ofrecemos hoy á nuestros lectores.

El papa Pio IX aparece en él rodeado de los prelados de su casa, y entre ellos se encuentra monseñor Merode. Falta en el cuadro el retrato de Antonelli; pero ya lo hemos dado en otro número anterior, y no hemos olvidado la deuda, hace tiempo contraída, de publicar su biografía; y si razones de la más alta consideración nos lo han impedido hasta ahora, cumpliremos á la mayor brevedad nuestro compromiso, haciendo conocer al hombre cuyo poder en el día reina solo en el Vaticano, y al que se le reconoce generalmente por un hombre de gran talento, por un político profundo, y el único que podrá tal vez salvar las actuales dificultades con la habilidad que no pueden menos de concederle amigos y adversarios.

MARINA.

RECUERDOS DE LA VIDA DE ARTISTA EN ROMA.

En 1845 un amigo mio y yo (á la sazón teníamos veinte años), aprovechando las vacaciones que nos concedía la universidad, salimos de Bruselas con el objeto de visitar la Italia en una corta temporada. Acabábamos de repasar la historia para sufrir los exámenes, así que, con la cabeza llena de los recuerdos de la antigüedad, queríamos llegar á Roma bruscamente, sin transición, á fin de recibir con toda su fuerza la im-

presion que debia producir en nosotros los monumentos del pueblo-rey. Nos embarcamos, pues, en Marsella, y un *vetturino* de Civita-Vecchia nos dejó en el suelo de la ciudad de las siete colinas, en uno de los primeros dias de setiembre. Llevábamos, tanto el uno como el otro, cartas de recomendacion: mi compañero de viaje, cuyo padre se dedicaba á trabajar en empresas industriales para un canónigo de Santa María de la Minerva, y para un prelado belga, que gozaban de gran prestigio en la corte de Gregorio XVI, y por cuya mediacion se esperaba obtener la concesion para construir un camino de hierro en los Estados romanos. Las mias iban dirigidas á personas de menos importancia, las cuales debian ponerme en relacion con algunos pintores de nuestro país, que acababan entonces sus estudios en Roma; pero la verdad es que yo tenia tanto interés en conocer á los artistas como mi amigo en obtener la concesion. A él se le contestó que mientras viviese Gregorio XVI no se colocaria un rail ni rodaria una locomotora en los Estados de la Iglesia, atendido á que las vias férreas eran, segun decia el Papa, en lo cual tal vez no iba muy desacertado, invenciones de los herejes, destinadas á favorecer el progreso de las falsas doctrinas y de la incredulidad. En cuanto á mí, supe que en setiembre el mal tiempo reinaba aun en Roma, y que mis compatriotas, como quiera que habian salido, como otros muchos, á pasar esta temporada en el campo, era de presumir que estuviesen en Narni, en Subiaco ó en San Germa aplicando en los estudios *d'apres nature* el talento que habian adquirido en los museos. Entregados, pues, á nosotros mismos, no teniamos más que llenar cumplidamente nuestros deberes de *touristes*. A pesar del ardor del sol de setiembre y las amenazas del *aria cattiva*, visitábamos todo el dia iglesias, palacios y ruinas, y no volvíamos á casa más que á la noche cansados de fatiga y de admiracion.

Nos habian recomendado que frecuentásemos asiduamente el café *Greco*, por ser el sitio donde se reunian todos los jóvenes artistas, y en donde se pasaban tardes deliciosas. Como nosotros habiamos tomado una habitacion en la *via Condotti*, á dos pasos del famoso café, no faltábamos ninguna tarde; pero allí, como debiamos haberlo previsto, encontramos una nueva decepcion: el café estaba casi siempre desierto. Sin embargo, nos consolamos de nuestra soledad leyendo una novela de Jorge Sand, *Teverone*, que publicaba entonces un periódico francés, admitido en la ciudad santa. A las ocho ya no se oia por fuera el más leve ruido; solo se percibia por las dos arcadas que se abrian en la calle el murmullo de una fuente bulliciosa que habia en el patio de un palacio vecino, y ese zumbido uniforme de las aguas daba yo no sé qué de solemne y de lúgubre al silencio que pesaba sobre Roma, tranquilamente dormida. En este café, donde esperábamos oir espirituales conceptos y festivas frases, se apoderó de nosotros una grave tristeza, pues tal era su soledad, que nos parecia que estábamos sentados en algun cementerio. Entonces empezamos á comprender que estábamos en la ciudad de los muertos, y yo no sé cómo en un lugar como aquel recordó mi pensamiento esa severa palabra de Espinosa: *vita meditatio mortis*.

En este estado, una tarde vimos entrar un joven que fué á sentarse no muy lejos del sitio que nosotros ocupábamos. Como quiera que la impaciencia nos devoraba por trabar relaciones con alguno de los habituales concurrentes al café *Greco*, la entrada de este desconocido fué para nosotros un acontecimiento: quizá era un artista.

Cuando se marchó, preguntamos al mozo que nos servia si conocia á aquel joven, el cual nos dijo que era un pintor alemán. *Ma*, añadió levantando los hombros con aire desdeñoso, *ma, é pazzo*.

¡Loco! La palabra no nos parecia muy justificada; así que, pedimos la esplicacion del por qué le daba aquel nombre, pero no obtuvimos otra sino la de que los camaradas del joven pintor le bromeaban frecuentemente diciéndole que habia perdido el juicio.

Al dia siguiente, cuando volvió á colocarse en una mesa cerca de la nuestra, notamos efectivamente que estaba preocupado, que su atencion se concentraba por momentos, que le absorbía un delirio profundo, y que se hablaba á sí mismo en voz baja. Sin embargo, como parecia bueno y afable, me acerqué á su mesa para preguntarle si podia decirme dónde estaban mis compatriotas en *villegiatura*. Afortunadamente los conocia á todos, y en particular estaba ligado con uno de ellos por estrechos vínculos de amistad. Con este

motivo hablamos de su talento, de sus ensayos; despues nos ocupamos del arte en general, y debatimos esos principios abstractos que son el alimento favorito de la juventud. Hablando fué animándose poco á poco, y llegó á encantarnos por la novedad de sus concepciones y la profundidad de sus teorías. Esta era la primera vez que nosotros comprendiamos, ó al ménos creiamos comprender las doctrinas de la estética alemana, puestas de relieve por la elocuencia del que nos las esponia.

Con motivo de encontrarnos todas las tardes en el salon, casi siempre desierto, del café *Greco*, se estableció cierta intimidad entre nosotros. Nuestro novel amigo era alemán en efecto, pero alemán de Viena. Tenia los cabellos y los ojos negros; su aire era á la vez vivo y negligente; su imaginacion entusiasta y Perezosa. Sangre valaca corria por sus venas. Tenia algo de oriental, y participaba del carácter del hombre del Norte y del Mediodía. No se le podia negar espíritu, genio; lo que parecia que no tenia mucho era voluntad.

—¿No os ha hablado todavía de ella? Nos dijo el mozo del café una tarde que el artista no habia venido á reunirse con nosotros.

—¿De quién?

—¿De quién ha de ser! ¿De esa mujer que tiene en su estudio!... ¡Si le ha vuelto loco! Ya habla alto cuando se encuentra solo, como si soñase despierto.

—¿Y está muy apasionado?

—*E sicuro*, sin duda; enamorado como un loco, y ¡de un modelo! Se ha llegado á creer que ella es pura como una santa; tanto, que se ha convertido en el hazme reir de sus amigos. Ahora mismo, en lugar de seguirlos al campo, se ha quedado en Roma, esponiéndose á enfermar de las calenturas que son producidas por efecto de los malos aires que aquí reinan, y todo por no alejarse de ella. ¿No es esto bien ridiculo? ¡Y ya veis, un modelo!... ¡*Povero pazzo!*

Nosotros hubiéramos querido saber más pormenores de la persona que llenaba de tal modo el corazón de nuestro amigo; pero el mozo no sabia otras noticias que las que habian podido descubrirle las chanzonetas que le gastaban los concurrentes al café.

Por lo que á nosotros toca, no nos atreviamos á hablar á Walther (este era el nombre del joven alemán) sobre este punto; pero teniamos cerca de nosotros á una persona que conocia toda Roma, y de la cual esperábamos saber algo. Esta era una vieja, la señora Bárbara, que nos preparaba la comida, y que, aun me acuerdo todavía, nos hacia comer diariamente pichones *bianchi é rossi com' il signor* (blancos y rosados como el señor), segun decia mirando con admiracion la cabellera blanca, la piel blanca y los frescos colores de mi compañero. Esta buena mujer apreciaba mucho á los artistas que ocupaban con frecuencia las habitaciones en que estábamos hospedados, así como aborrecia con toda su alma á todo el que llevaba el traje de sacerdote. El año anterior, su hijo único habia sido asesinado en el momento que iba á casarse con una joven de Transtevere, y á ella se le habia metido en la cabeza que el asesino se habia librado de las manos de la justicia por la proteccion que le habia dispensado un *monsignor*.

—Bárbara, la dije yo un dia; ¿conoceis á un modelo, á una mujer que es á la vez muy bella y muy virtuosa, y de la cual está enamorado un joven pintor alemán?

—Desde luego, me respondió, no habéis de virtud en Roma; los *birbanti* han matado hasta su germen, y en caso de que existiese no habria que buscarla en una mujer que se espone á todas horas en el estudio de un artista. Sin embargo, yo conocia bastante á esa joven de que me habláis, y es cierto que no otorgaba sus favores al primero que llegaba. Sin ir mas lejos, el año pasado en esta misma habitacion vivia un pintor francés, guapo joven, y sobre todo muy alegre y de buen humor. Pues bien; al poco tiempo de estar aquí perdió su alegría; su viveza y hasta su carácter, trocándose éste en triste, melancólico y silencioso. Él decia á sus amigos que habia enfermado de las calenturas; pero á mí me confesó que no habia sabido encontrar la manera de agrandar á Marina: él, que no habia hallado bellezas que se le resistiesen. Desde entonces miró á Roma con horror, y regresó á París á fin de olvidar su amor y su pena.

Estos detalles escitaban singularmente nuestra curiosidad. Una tarde que, segun nuestra costumbre, conversábamos familiarmente en un rincón del café *Greco*, nos propusimos que el joven alemán hiciese

traicion á su secreto, tratando la cuestion de si un artista enamorado de un modelo puede hacer un buen cuadro. Walther, sin titubear respondió afirmativamente, y citó con fuego los nombres de los pintores célebres que podia invocar en favor de su tesis; Rubens, tomando por modelo á su mujer, Elena Fourment; Palma á su hija Violante; Rafael á su querida la Fornarina, y todos de este modo hicieron obras maestras. Mi compañero sostenia la opinion contraria y decia:

—Todo lo que se ama se ve no tal como la realidad nos lo ofrece, sino como la ilusion lo sueña. La naturaleza no se puede reproducir cuando el velo del entusiasmo os roba sus contornos, siempre determinados por una ley que no se puede impunemente desconocer. Si pretendéis corregir, embellecer, transformar lo real, entonces caéis en la afectacion, en lo presumido, en lo falso, sin contar con que la emocion os turbará la vista y hará temblar vuestro pincel. «¡Desgraciado! ¡está perdido!» decia Talma, viendo desempeñar á un actor de facultades un papel del cual se habia poseido demasiado; «está perdido, siente lo que dice.» Al pintor le sucede lo mismo: ¿ama lo que quiere pintar? pues no hará nada bueno. Unicamente podrá hacer una obra maestra, pintando las facciones de la mujer que ha amado.

—Lo que decís, respondió á su vez Walther, es especioso y además no lo creo justo. Lo que yo afirmo es una cosa; ¿quereis verdaderamente ser un grande artista? pues sed hombre. Si vuestro corazón late por la libertad ó por la patria, si se ha apoderado de vuestra alma ese poder desconocido que se llama belleza, escribid, hablad ó coged un pincel, que entonces si la pluma no os es rebelde, si el pincel os obedece, si habeis aprendido sin esfuerzos á traducir vuestro pensamiento, estad seguro que sereis orador, pintor ó poeta. Amar, ese es el resorte de la vida, el origen de lo que es realmente grande y bello. Amad una idea abstracta, el deber, la justicia, y si no amad un ser viviente, poco importa: pero inspiraos, y vuestra imaginacion se levantará tanto, que en vuestra obra se llegará á encontrar el corazón de la humanidad. Creedme, los grandes artistas de otros tiempos han amado á aquellos seres cuyas facciones han inmortalizado, y su recuerdo vivirá hasta que los lienzos se conviertan en polvo, lo mismo que los génius que un dia, con el aliento de su creacion, les dieron vida. Adorando su modelo, esos pintores ilustres no copiaban servilmente lo que veian los ojos de la carne, sino lo que contemplaban y adivinaban los ojos del alma. Ellos, borrando las imperfecciones que deslucian al modelo, le prestaban una forma más que humana, le trasfiguraban por el amor. Las apariencias fugitivas, que son lo que constituye lo real, las descuidaban, como todo lo que marcaba demasiado el accidente, lo individual, porque Dios no ha puesto en la materia la suprema belleza que el artista procura alcanzar con los brazos estendidos hácia esa realidad permanente, la sola verdadera, el ideal. Se ha dicho que la Venus de Milo era la copia de alguna bella y soberana hija del Archipiélago; nada más falso.

(Se continuará.)

FABULILLAS.

Cuando moza Tomasa y yo era mozo,
Eterno amor juréla en mi alborozo.
Hoy que soy viejo, cual Tomasa vieja,
La prudencia el olvido me aconseja.
*Nunca jures eternos unos lazos,
Que el tiempo con su marcha hará pedazos;
Pues si juras, de fijo que te pasa
Lo que á mí me pasó con mi Tomasa.*

Un Labrador vió estéril su sembrado,
Y al cielo amenazó desesperado;
Y en medio de su furia, cual demente,
Escupe al cielo, y le cayó en la frente.
*No intentes nunca, Póstumo curioso,
Vengarte de quien es más poderoso;
Pues tu loco furor tan solo alcanza
Castigarle á su vez con tu venganza.*

C. CARABIAS.



LORD ENRIQUE TEMPLE, VIZCONDE DE PALMERSTON.

AVISO.

Tenemos hoy tambien que suplicar á nuestros lectores nos dispensen la irregularidad que desde hace unos dias se viene observando en la aparicion de nuestro Semanario.

La importancia que hoy hemos conseguido dar á nuestro número 39, en su parte ilustrada, con los grabados de gran tamaño y de indisputable mérito que en sus páginas aparecen, nos impide publicar á la vez el número suplemen-

tario que tenemos ofrecido, cuya promesa se realizará al mismo tiempo que la lujosa cubierta para la encuadernacion del tomo primero que debe formar un precioso Album. Tenemos el convencimiento de que nuestros suscritores nos agradecerán los constantes sacrificios que en su obsequio hacemos, y les reiteramos la sincera expresion de nuestra consecuencia.